

TEMAS

CULTURA IDEOLOGÍA SOCIEDAD

Número 5/1996

SER CUBANAS

Mirta Luisa María Isabel Lourdes Nara
Margarita Adelaida Mayra María Elena
Mercedes Digna Zaida Carolina Perla

GLOBALIZANDO POR LA IZQUIERDA

¿ortodoxos o liberales?

LA TV EN SU LABERINTO

CON LA SOCIEDAD



no. 5, enero-marzo de 1996. Nueva época.

ENFOQUE

Hablar de la mujer

Ser cubanas y no morir en el intento/ 4
Luisa Campuzano

Mujer, Período especial y vida cotidiana/ 11
Carolina Aguilar, Perla Popowski y Mercedes Verdeses

¿Roles de género? ¿Feminidad vs. masculinidad?/ 18
Lourdes Fernández Ríos

Y entonces la mujer de Lot miró.../ 24
Mirta Yáñez

La mujer joven en los 90/31
María Isabel Domínguez

La mujer pintada en Cuba/ 38
Adelaida de Juan

Por una mirada divergente/ 46
Mayra Vilasís

Otra vez viajeras al Caribe/ 51
Nara Araújo

Demandas judiciales de las esclavas
en el siglo XIX cubano/ 60
Digna Castañeda Fuertes

Religiones de origen africano en Cuba:
un enfoque de género/ 66
Margarita Castro Flores

CONTROVERSIA

72/ La globalización: una mirada desde la izquierda
*Juan Valdés Paz José Cademartori, Elvira Concheiro,
Jaime Estay, Jorge Gilbert, Janette Habel,
Klaus Meschkat, Manuel Monereo, Jaime Osorio,
Lourdes Regueiro, Eduardo Ruiz*

ENTRETEMAS

92/ Liberales y ortodoxos
Armando Hart Dávalos

96/ Pobreza, opresión y explotación: notas sobre la
sociedad civil en América Latina
Carlos M. Vilas

100/ Los laberintos de la televisión
Vicente González Castro

105/ ¿ Posmodernidad versus arte?
María Elena Jubrías

109/ Comunidades transnacionales: su surgimiento e
importancia en el sistema mundial contemporáneo
Alejandro Portes

LECTURA SUCESIVA

122/ La doncella y el minotauro
Zaida Capote Cruz

126/ El discurso femenino en la poesía cubana: Mirta
Aguirre y Fina García Marruz
Mercedes Santos Moray

Ser cubanas y no morir en el intento

Luisa Campuzano

Profesora. Universidad de La Habana.

Nacer en Cuba, dijo Lezama Lima, «es una fiesta innombrable»; pero ver la luz y vivir junto a este «mar violeta [que] añora el nacimiento de los dioses»,¹ siempre entraña riesgos y sobresaltos, porque es a la orilla del golfo que nos ciñe, como recuerda Dulce María Loynaz, con una acotación muy propia de la escritura de mujeres, «donde todos los años hacen su misterioso nido los ciclones».²

Haber nacido mujer en Cuba y poco antes de la mitad del siglo, es decir, iniciar la adolescencia con el triunfo de la Revolución, fue una fiesta multitudinaria, callejera, bulliciosa; con bailes de trajes y figuras, donde encontramos nuestros espacios, nuestros roles y nuestros propios cuerpos a pesar de las ráfagas huracanadas y los vientos ciclónicos que nos amenazaban, pero que no pudieron apagar las músicas, ni la alegría de vivir y de hacer. Ahora, sin embargo, una gran tormenta quiere aguararnos la fiesta...

Cuando el ejército de barbudos —con un pelotón de mujeres— bajó de la Sierra Maestra en 1959, yo tenía quince años. Ahora tengo más de cincuenta. Mi ciclo fértil, mi largo y cálido verano, ha sido la Revolución, que hoy enfrenta —como yo— un proceso, un cambio de vida que debemos conocer para dominar, para conjurar con nuevas estrategias y encaminar con nuevas prácticas. Pero para

eso hace falta sobre todo intentar salirse de la embriaguez, del aturdimiento de la gran fiesta y repensarse, reflexionar sobre nosotras mismas, para recuperar de algún modo en nuestro pasado, en lo que de él salva y proyecta la selectiva memoria, un atisbo, una guía para el futuro: los «recuerdos del porvenir».

Puesto que la autoconciencia se reconoce como una de las marcas de la crítica feminista, que suele mostrar la identidad de quien la ejerce e informar acerca de los orígenes del trabajo que asume y el punto de vista desde el que lo aborda, se ha hecho muy común, casi de rigor, comenzar con una anécdota personal, práctica que no sólo encuentra justificación en la máxima de que «lo personal es político», sino también en la convicción muy compartida de que hay que derribar las barreras académicas tradicionales que separan la experiencia profesional de la personal.³ Para entrar en materia, pues, comenzaré narrando algunas de las estaciones de mi conversión, de mi camino de Damasco, tópico también frecuente en el discurso feminista.

Hace poco más de diez años, a comienzos de 1984, un novelista dado a la producción de personajes femeninos, y dirigente de la Sección de literatura (hoy Asociación de escritores) de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, me pidió que preparara un trabajo sobre la mujer en la

narrativa de la Revolución para un gran congreso promocional que se celebraría en La Habana. Mi corpulenta vanidad profesional me impidió descubrir los móviles obvios de esta invitación, y me puse a laborar febrilmente en un campo virgen al que nadie en veinticinco años le había dedicado ni siquiera una línea, y para el que no me sentía especialmente vocada. Desprovista de sustentación teórica actualizada, puesto que eran los tiempos en que apenas comenzábamos a desandar la etapa de nuestra «indigencia crítica»⁴, me valí de Virginia Woolf y atacé mi tema desde la triple perspectiva con que ella intentara dar respuesta a una demanda similar.⁵ Me ocupé de la mujer en la narrativa escrita por hombres, de la narrativa escrita por mujeres, y de la posición de la mujer en la sociedad en que se producían esos textos; y el resultado fue un largo estudio que llevaba como subtítulo el de «ponencia sobre una carencia», con la evidente y cacofónica intención de subrayar desde el principio las aterradoras conclusiones a las que había llegado: de acuerdo con lo que se leía en los textos de narradores cubanos de ambos sexos, entre 1959 y 1984 en la Isla no había pasado nada notable, contable, novelable, en la vida de las mujeres.⁶

Pero lo que me decía mi experiencia personal; lo que argumentaban informes, discursos y folletos; de lo que hablaban los libros de las escritoras de otros países que habían venido a estudiar las transformaciones de la mujer cubana;⁷ lo que veía en el cine documental y en el cine de ficción; lo que se representaba en el teatro, era otra cosa, que había pasado inadvertida por la épica, ese gran género de las porras y los mandobles: las mujeres cubanas habían recorrido ya un gran trecho en el camino de su liberación, lo que constituía, sin dudas, una de las grandes hazañas de la Revolución, y era también un logro individual de cada una de ellas; pero esto no aparecía tematizado en los textos narrativos del período ni daba muestras de haber sido concientizado por las autoras y, mucho menos, por los autores.

Tanto el revuelo y la incompreensión que desató mi trabajo entre parte del público del congreso y sus organizadores, como lo que creía haber constatado en él, me llevaron a un estado que llamaría de «perplejidad cultural», pidiéndole prestado a Marlyse Meyer el término que ella creara para explicar la reacción del investigador ante relaciones aparentemente incoherentes entre un fenómeno cultural y el contexto en que se origina.⁸ Durante años me mantuve alejada de la literatura escrita por mujeres, y cuando inducida por Jean Franco —que en 1988 comprometió a la Casa de las Américas con la organización de un congreso sobre este tema— y presionada por Elena Urrutía —que en 1990 nos ofreció el motivo para realizarlo—, volví a ella, fui a parar directamente al siglo XVIII, no solo como consecuencia de mi choque inicial con las peculiares condiciones de producción de las narradoras cubanas de los sesenta y los setenta, sino con la intención de, partiendo del rescate de la marquesa Jústiz de Santa Ana, nuestra primera escritora, casi totalmente desconocida, iniciar una recuperación de la memoria y de modelos y ejemplos que nos permitieran

crearnos una nueva identidad y contribuyeran al mayor autoconocimiento y a la autoestima de la mujer cubana; y, por otra parte, comenzar a construir las bases de una narrativa histórico-literaria en la cual las escritoras encontrarán la visibilidad que en los estudios de nuestra literatura se les ha negado.⁹

Pero aunque mi trabajo personal se inscribe en una exégesis feminista perfilada «como una crítica de desagravio, destinada a la doble tarea de la desmistificación de la ideología patriarcal y a la arqueología literaria»,¹⁰ lo hace, por supuesto, desde y para la contemporaneidad, y con un objetivo complementario al parecer, pero absolutamente fundamental, que se relaciona con mi trabajo institucional en la Casa de las Américas: el de contribuir a la (re)inserción de la producción literaria femenina cubana posterior a la Revolución en el cuadro de la literatura escrita por mujeres en la América Latina, puesto que, dadas las características únicas de la experiencia cubana, ellas por lo regular han quedado fuera de los estudios generales realizados en el Continente, o apenas han sido consideradas como precursoras o rezagadas en relación con las demás escritoras latinoamericanas, según se las haya abordado con una óptica predominantemente de clase o de género.

Esta aproximación a las literaturas de mujeres cubanas y latinoamericanas ya ha contribuido, en primer lugar, al autoconocimiento de las escritoras cubanas, mediante la dinámica tan enriquecedora del proceso conocer-para-reconocerse, y al estudio de su producción textual; pero, además, podrá ayudar a caracterizar mejor el desarrollo de la mujer cubana integrando esta imprescindible dimensión cultural al análisis tradicional basado en información cuantitativa, principalmente estadística y relativa a indicadores tales como demografía, salud, educación, trabajo, legislación y participación sociopolítica.

Los objetivos, pues, de estas páginas, de mi trabajo profesional y mi implicación institucional, así como los de mi vida, atrapada en el momento más crítico de sus coordenadas privada y pública, biológica y espiritual, coinciden, y consisten en tratar de esbozar, siquiera sumariamente, un barrunto de estrategia que contribuya a sortear la tormenta y salvar todo lo salvable y, en primer lugar, a las mujeres cubanas, ya no sólo fuerza reproductora, sino productora —y de la más alta calidad— de la nación.

Como es conocido, la caída del Campo socialista y la desaparición de la Unión Soviética, sus socios comerciales por cerca de tres décadas, llevó a Cuba a comienzos de los noventa a una situación de emergencia económica que ya dura más de un lustro, y que ha producido un grave deterioro en todas las instancias de la vida, llegando a evidenciarse un franco retroceso en sectores prioritarios como la alimentación y el empleo, y poniendo en peligro la salud y la educación, consideradas las dos grandes conquistas de la Revolución. Las medidas y esfuerzos dedicados a revertir esta situación y producir una nueva reconversión de la economía cubana —ya hubo otra en

los sesenta—, pese a haber logrado a fines de 1993, de acuerdo con apreciaciones de autoridades gubernamentales, detener la caída casi ininterrumpida desde 1990, se han visto constantemente asediados por el recrudecimiento del bloqueo norteamericano, destinado no sólo a hacer aún más difícil el acceso a puertos cubanos del combustible y los insumos que su exigua capacidad de compra le permite adquirir al país, sino también a intentar disuadir a los posibles interesados en comerciar con Cuba o invertir en la Isla.

Tanto esta situación de crisis como la estrategia definida por el Gobierno para enfrentarla —el llamado «Período especial»—, producen y exigen respectivamente, grandes sacrificios a la población, y en particular a las mujeres, que dadas las características culturales patriarcales del país, son las responsables de la atención, en todas sus demandas, de la familia.

Pero como dijera el poeta peruano Carlos Germán Belli, «en cada linaje / el deterioro ejerce su dominio»; y pese a los indicios de recuperación económica que comienzan a advertirse a partir de 1994, el retroceso ya no solo atañe a aspectos tan concretos y mensurables como los antes mencionados, sino que tiene dimensiones morales, políticas y sociales, en general, que resultan aún más dolorosas porque pueden ser irreversibles en buena parte de los casos, y tienen un grandísimo costo espiritual.

Menos conocido, y —colocado en este contexto de carencias y deterioros— altamente paradójico, es el hecho de que también a comienzos de los 90 las mujeres cubanas continuaban mostrando, en relación con las restantes latinoamericanas y, en general, con todo el Tercer Mundo, las más altas proporciones de participación en rubros como la educación superior y el empleo, con importantes índices no sólo cuantitativos, sino también cualitativos; que su calidad de vida era comparativamente la más elevada; y que disfrutaban de una legislación fuertemente antidiscriminatoria, que incluía los tan debatidos derechos reproductivos.¹¹

Paralelamente, desde los últimos años de la década de los 80, se había evidenciado, dentro de la Federación de Mujeres Cubanas, una tendencia a priorizar los esfuerzos por cambiar los patrones culturales que propician la subordinación femenina, y, en especial, la doble jornada, con lo que la organización se hacía eco de las demandas de una membresía compuesta por un número cada vez mayor de profesionales, técnicas y mujeres instruidas en general, y por otra parte, daba los pasos necesarios para posibilitar el desarrollo de la línea jerarquizada por el III Congreso del Partido en febrero de 1986, que estipulaba la creación de cuotas para la incorporación de jóvenes, negros y mujeres a todas las instancias de dirección política y administrativa del país. Pero esta línea fue abandonada poco a poco, después de que la sesión diferida del propio Congreso, celebrada en diciembre de ese mismo año, estableciera otras prioridades: el desmantelamiento del fracasado Sistema de Dirección de

la Economía y el inicio de la que se llamó «etapa de rectificación».

En el IV Encuentro feminista latinoamericano y del Caribe, celebrado en Taxco en 1987, adonde asistió por vez primera una delegación cubana, al preguntársele a una representante de la Federación por qué seguía existiendo un modelo cultural patriarcal en Cuba, esta dijo:

La cultura popular es tan *machista* en Cuba como en cualquier otro país latinoamericano. Nuestro discurso con respecto a los problemas de la mujer está cambiando; estamos avanzando y profundizando: tenemos que trabajar con la realidad y deshacernos de viejos esquemas para abrir nuevos caminos. La Revolución cubana no es un proceso terminado, como tampoco lo es el feminismo.¹²

En marzo de 1990 se celebró el V Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, para el que la organización se había preparado con especial cuidado. Los temas desarrollados en los documentos que debía debatir y aprobar el Congreso volvían a abordar, pero con mayor énfasis, formas sutiles de discriminación en el trabajo, como la de no promover mujeres a puestos de mayor responsabilidad; o en la política, como la de no elevarlas a posiciones de primer rango; e insistían en señalar los obstáculos existentes para lograr la igualdad, particularmente los debidos a la doble jornada. Pero el Congreso no pudo discutirlos porque otra vez había algo más importante, de mayor prioridad que los problemas de la mujer: la defensa del país y la nueva estrategia económica frente a la desaparición del Campo socialista y la evidente marcha de la Unión Soviética hacia el mismo fin.

Meses más tarde, en discusiones preparatorias del IV Congreso del Partido celebradas por las instancias provinciales de la organización política, se produjeron severas críticas a la Federación, en las que se sugería su desaparición sobre la base de que duplicaba las funciones de otras organizaciones de masas. Por otra parte, en el Congreso partidista, celebrado en octubre de 1991, y en las elecciones nacionales, provinciales y municipales de 1993, se redujo el número de mujeres electas, aunque, pese a ello, seguían siendo las cubanas las que, entre las latinoamericanas, tenían más representantes en el parlamento.¹³

Intentar entender la dinámica de la incorporación y de los avances de la mujer en Cuba al margen de las características excepcionales que ésta tiene en el contexto latinoamericano, resulta poco menos que imposible. Digamos, para simplificar, que donde en la historia latinoamericana se lee «la mujer conquistó», en la cubana posterior a 1959 podría leerse «la mujer recibió»; que donde en la primera se dice que la mujer luchó por **sus** derechos o trabajó en **su** beneficio, en la cubana se diría que la mujer se ha incorporado a la lucha y ha trabajado en defensa **de la Revolución**. En Cuba, muy distintamente de lo sucedido en otras partes, la progresiva transformación de la mujer se produjo en el contexto de un cambio revolucionario que nunca tuvo como objetivo prioritario a las mujeres, sino la modificación radical de